

rango de general, que, sin esta circunstancia, no habría obtenido en muchos años.

Finalmente, para no hacer más largo este relato, el 19 de junio de 1867, antes de separarme del poder que el Emperador se dignó confiarme, mandé expedir el despacho de general de brigada al mencionado Arellano, porque me lo pidió, diciéndome que se le había extraviado el que le expidió S. M. y llevé mi aprecio hasta el grado de que fuese extendida dicha patente con el carácter de *general de artillería*, cuya categoría no existe en el ejército mexicano, por lo cual tuve que hacer uso de las omnímodas facultades que el Emperador me concedió, y dispuse que se salvase esa dificultad poniendo estas palabras: "Con dispensa de la Ley."

No paró aquí mi amistad, sino que á la vez mandé que se le expidiese el diploma de grande oficial de la Aguila Mexicana, que también me dijo se le había extraviado.

Este ha sido mi comportamiento con Arellano. Su ingratitude, de manifiesto está en su folleto, y de ella no habría yo hecho mención alguna, si él no hubiera tocado este punto para aparentar una imparcialidad que no conoce, porque esto me ha puesto en la necesidad de demostrar más clara su ingratitude á fin de que se tenga presente que quien así paga los favores que ha recibido, no puede abrigar ningún sentimiento noble, y obra siempre bajo las inspiraciones de una alma depravada.

Por lo demás, en cuanto á las injurias que contiene el resto de su introducción, se las perdono y lo desprecio, porque lo considero indigno hasta del honor de que yo se las conteste.

I

Cómo escapé de caer en manos de los republicanos*

Dice Arellano que "las principales causas del desenlace que terminó en Querétaro de una manera sangrienta el trágico drama del

* Creemos útil para el lector, resumir cada capítulo de la obra de Arellano, que refuta Márquez.

Resumen del presente:

La verdadera causa de la caída del Imperio Mexicano es desconocida.—La traición de López fué una de las consecuencias de la del general Márquez.—Origen de este libro.

Imperio de Maximiliano, son generalmente desconocidas, y por eso se ha propuesto darlas á conocer para cumplir así los últimos deseos del Emperador y del general Miramón."

Muy bueno sería este pensamiento de Arellano, y mucho debería agradecersele si hablase la verdad; pero no puede, porque en ese sangriento desenlace él es el principal culpable; más todavía que el mismo López, quien no habría podido traicionar, si Arellano, engañando al Emperador con mentidas palabras, hijas de la ignorancia, de la presunción, de la envidia y de la mala fe, no lo hubiera retenido en Querétaro hasta que fué sacrificado en el cerro de las Campanas, empujado por los malos consejos de Arellano.

Así, pues, como yo fuí verdadero amigo del Emperador Maximiliano y del general Miramón, y como Arellano no puede cumplir con la tarea que emprendió, por las razones manifestadas, yo me encargo de ella, tanto para tributar un homenaje á la memoria de S. M. y de Miramón, cuanto para evitar que el mundo sea engañado con las falsedades de Arellano.

Asienta el folletista que yo salí de mi país protegido por Porfirio Díaz. Para escribir tamaño desatino se necesita hacerlo á dos mil leguas de distancia, donde no se conoce ni á México ni á sus hombres, y tener todo el atrevimiento de Arellano para mentir.

¿Cómo se hace á Porfirio Díaz el agravio de creerle capaz de semejante acción que le hubiera ocasionado una gran responsabilidad con su gobierno, el reproche de todo su partido, y su completo desprestigio, como hombre público? ¿Y cómo se puede suponer que yo fuera tan estúpido que me pusiera en las manos de Porfirio Díaz para salvarme?

Respondo con mi cabeza de que nadie cree semejante disparate. Y el primero que está convencido de la imposibilidad de lo que dice, es el mismo Arellano, que sólo ha escrito así para calumniarme, fjado en la distancia en que se encuentra y en la credulidad de sus lectores, que desconocen enteramente á mi país.

Seis meses estuve oculto en la ciudad de México, en el centro de ella, atormentado con los padecimientos de mis compañeros de infortunio; sufriendo con las disposiciones que se dictaban en su contra; casi presenciando los fusilamientos de Vidaurri y de O'Horán;* y es-

* Véase en el apéndice, Aprehensión y fusilamiento del general Tomás O'Horán. Entrevista con su aprehensor, general Manuel F. Loera.

perando momento por momento correr la misma suerte. Mucho se me buscó, haciendo uso la policía de todos sus recursos; pero la Providencia me salvó, y al fin logré salir en medio del día, y pasando entre los mismos que me buscaban sin ser conocido.

A los diez y seis días de una marcha penosa, por senderos extrañados y aprovechando en gran parte las noches, después de tropezar á cada paso con dificultades y peligros, á la vista varias veces de las tropas de Porfirio Díaz, y pasando en medio de las partidas de seguridad pública, encargadas de guardar los caminos y de impedir mi evasión, logré llegar por fin á Veracruz, y dió la casualidad de que el día siguiente comenzaron á llegar á la misma plaza las tropas destinadas á Yucatán; cuyo incidente, desgraciado para mí, me retuvo cinco días, me hizo perder el vapor en que yo quería partir y me obligó á tomar otro para los Estados Unidos.*

* Una tarde del mes de diciembre de 1867, jugaban tute, en su casa del puerto de Veracruz, el doctor Adolfo Hegewisch y su hijo Everardo, cuando entró el señor Jorge de la Serna y se puso á hablar reservadamente con el doctor. El señor de la Serna era amigo íntimo de éste, y las dos familias casi formaban una sola por la frecuencia de su trato. Durante la conversación, el semblante del doctor había manifestado diversas impresiones: primero de sorpresa, luego de angustia, y por último, serenidad y resolución.

—¿Dónde están tus hermanos?—preguntó al terminar la plática.

—No sé, papá: si quieres iré á buscarlos.

Al salir el joven Everardo, entró en el aposento la señora Joaquina Martínez, esposa del doctor, á quien dijo éste:

—Que arreglen el cuarto de Ernesto porque va á ocuparlo el general Márquez.

La señora al oír este nombre, sensacional por las circunstancias en que se pronunciaba, quedó como clavada en el suelo; pero, modelo de esposas, no hizo observación alguna y salió á cumplir las disposiciones del doctor.

A poco llegó el joven Ernesto, á quien le dijo su padre:

—Te fingirás enfermo desde este momento, porque va á estar contigo el general Leonardo Márquez.

Para dar verosimilitud á la situación, se hizo saber á los sirvientes, que Ernesto acababa de caer en cama, atacado de un mal sumamente contagioso, por lo cual únicamente su mamá le asistiría. No tardó mucho el regreso del señor de la Serna. Lo acompañaba un hombre vestido como los arrieros del país: traje de cuero, paliacate atado á la cabeza, zapatos hechos trizas y sucio de rostro y manos: era el general Leonardo Márquez, lugarteniente del vencido Imperio.

Cuando entrevistamos al señor Everardo Hegewisch, persona honorabilísima y director de *La Semana Mercantil*, para que nos diera el relato anterior, y le preguntamos:

—¿Cuánto tiempo permaneció Márquez oculto en la casa de usted?

Nos contestó:

—Un siglo! Es decir, un siglo para nosotros, por la inquietud y por la angustia; pero fueron quince días.

—¿Qué hacía Márquez durante su reclusión?

—Permanecía en el cuarto todo el día. En la noche subía á las azoteas de la casa para respirar un poco el aire libre.

—¿Cómo salió?

¿Qué culpa tengo de que dichas tropas llegasen á Veracruz casi al mismo tiempo que yo lo verificaba, perjudicándome de este modo? ¿Cómo había de adivinar, cuando salí de México, lo que iba á suceder? ¿Ni cómo podía yo pensar nunca que un acontecimiento tan casual y tan inocente, fuese interpretado de una manera tan tonta, ó más bien dicho, tan perversa? A saberlo, hubiera detenido mi viaje, para hacerlo después.

Si de hechos enteramente casuales y ajenos de la voluntad se han de deducir consecuencias falsas y ofensivas, entonces también puede decirse que Arellano estaba de acuerdo con los republicanos, puesto que lo dejaron escapar de Querétaro en los momentos más críticos; permaneció á su lado veinte y nueve días que tardó de Querétaro á México; lo dejaron salir de su línea en el sitio de la capital para que penetrara en la plaza de mi mando; permanecer en ella todo el tiem-

— Mis hermanos y yo éramos comerciantes. Un día llegó de Nueva Orleans un vapor algodonerero, y hablamos á su capitán, diciéndole que deseábamos que llevase á bordo de su buque y expatriase á un refugiado político que teníamos en casa. Consintió en ello y pidió en cambio mil pesos en oro americano, debiendo hacerse á la mar tan luego como embarcase al viajero. Dispuesto todo, una tarde, el general Márquez disfrazado con traje azul de marino y sombrero negro de cartera, salió de nuestra casa acompañado de mi hermano Adolfo. Márquez se echó un poco el ala del sombrero sobre los ojos, y con tranquila actitud recorrió el trayecto hasta el muelle. Como Adolfo anduviese de prisa, el general hizo la observación de que así pudieran hacerse sospechosos.

En el muelle estaba ya preparada una lancha de nuestra propiedad, tripulada por cuatro remeros y dirigida por Vicente Guerrero, hombre de toda nuestra confianza. Antes de embarcar, el general y Adolfo se codearon con varios transeuntes, y pasaron cerca de un grupo * donde se encontraban don Vicente Vila, comandante del resguardo, don José M. Pérez Milicua, capitán del puerto, los vistas de la aduana y el señor de la Serna que procuraba con su conversación distraer la atención de todos. En este trance, Adolfo, por indicación de Márquez, iba hablando en inglés, como dirigiéndose al general, aunque éste no entendía ni una palabra. Llegado al lugar donde estaba atracada la lancha, no embarcó desde luego el fugitivo, sino que paseó un rato por el muelle: al fin saltó á la embarcación, que se hizo á la mar hasta el vapor algodonerero.

Este no partió en el acto, como era lo convenido; y al día siguiente, al ir Adolfo á informarse de las causas del retardo, encontró á Márquez desayunándose tranquilamente en su camarote. El buque partió hasta las doce de ese día.

La salida de Márquez de la capital fué del modo siguiente: Proporcionóse una recua de asnos, y el general, disfrazado de arriero, en unión de un sobrino suyo y de un oficial adicto, hicieron el papel de traficantes de frutas que iban hasta Veracruz, para regresar con cargamento de sal. Así llegaron hasta hablar con el señor de la Serna, en su casa, en aquel puerto.

En cuanto á los motivos, por que el señor de la Serna recomendase tan eficazmente á Márquez con el doctor Adolfo Hegewisch, nos los explicó de la manera siguiente nuestro entrevistado:

—El señor de la Serna había conocido y contraído amistad, en México, con la

* Formaban parte del grupo los generales Porfirio Díaz é Ignacio R. Alatorre. Para más detalles véase *Últimas hora: del Imperio*, por Arellano, de la página 4 á la 9.

po que le convino, y por último, recorrer el camino hasta Veracruz y embarcarse allí, llevando sus documentos y todo lo que necesitaba.*

Las cartas del Emperador á que he hecho referencia, las han visto el presidente del consejo de estado y todas las personas que formaban el gabinete, al cual dí siempre conocimiento de ellas, leyéndolas en su presencia. Y el padre Fischer, secretario de S. M., las descifró: apelo al testimonio de todos estos señores.

En cuanto á que el muy respetable y entendido señor Lacunza fuese encargado por mí, de escribir mi *Manifiesto*, se equivoca Arellano. Yo lo escribí, como escribo la presente refutación,** después de la muerte de aquel excelente amigo, y en ninguno de ambos documentos pretendo sincerarme, porque, como he repetido hasta el fastidio, no tengo de qué.

señora Victoria Tornel de Segura, la cual tuvo ocasión de apreciar el carácter franco, leal y recto de dicho estimable caballero; y varias veces en conversación se había tratado de que éste era esclavo de su palabra, una vez que la hubiera empeñado. La señora, indudablemente sin prever lo porvenir, decía que con el tiempo quizá pondría á prueba si era capaz de cumplir un ofrecimiento. Tal fué la base de la recomendación que Márquez llevó al señor de la Serna, procedente de la señora de Segura, apoyada, como se ve, sólo en frases de salón, sin importancia real; pero demostrativas de que efectivamente se podía contar con la rectitud y nobleza de don Jorge, y tanto, que á éllas debe Márquez su salvación.

El señor de la Serna recibió un recado de la señora Tornel, que decía: "El portador desea que Ud. le haga un favor, y yo espero que se lo haga Ud., porque me lo ha prometido." Este recado lo presentaba un individuo en traje de arriero.

Grande fué el asombro de don Jorge al enterarse de que aquel hombre era el general Leonardo Márquez; y luego, sin vacilar, corrió á la casa de su amigo el doctor Adolfo Hegewisch, donde se dispuso la ocultación del fugitivo y su salida del país, como queda explicado.

El señor de la Serna tenía su despacho en Veracruz, en el número 17 de la calle denominada hoy Avenida de la Independencia, y su domicilio en la casa número 7 de la calle de la Pastora; el doctor Hegewisch vivía en el número 2 de la misma calle.

* Arellano salió de Querétaro protegido por el jefe republicano José Montesinos, su amigo, con una carta de Escobedo para el general Porfirio Díaz, la cual personalmente puso en sus manos en Tacubaya; así, pues, Arellano fué traidor á su patria y su partido. Véase *Ultimas horas del Imperio*, págs. XII y XIII.

** No desacierta Arellano al asentar que el *Manifiesto* es hechura de don José María de Lacunza. Según nosotros, que hemos tratado de cerca á Márquez y estudiado con suma curiosidad su idiosincracia, la forma, en gran parte, es ajena, mas las ideas y aun ciertas frases son propias. Esta frase, verdadero escape de cólera, al afirmarse que salió de México en 1867 protegido por los republicanos, es muy característica de Márquez:

"Respondo con mi cabeza de que nadie cree semejante disparate."

II

Generalidades*

Nada hay que decir de este capítulo que sólo contiene generalidades, que todos conocen.

III

Mi misión en Turquía**

Ha sentado por base Arellano, para acusarme de traidor, mi resentimiento con el Emperador Maximiliano, por haberme enviado á Turquía, lo cual me inspiró la idea de vengarme. Y este argumento, que como he dicho es la base de su acusación, lo destruye el mismo acusador con estas palabras que sienta en el tercer capítulo de su folleto.

Hablando del ministro de la guerra don Juan Peza, dice: "Parapetado con su categoría, se empeñó en satisfacer sus pasiones, y sobre todo en ejercer venganzas personales y mezquinas. Una de las primeras medidas tomadas *por este ministro* fué enviar al exterior, con pretextos ridículos de comisiones que debían desempeñar, á los generales Miramón y Márquez."

Ahora bien, pues, si Peza fué quien me envió, ¿qué motivo tenía yo para estar resentido con el Emperador?

Mas, ni aun siendo la providencia emanada directamente de S. M., habría yo tenido nunca resentimiento, deseo de venganza y mucho menos hubiera yo podido llevar esa pasión innoble hasta el grado de perder, no sólo al Emperador, sino á mi patria y á mí mismo; lo cual habría sido un crimen tan horrible, que hubiera preferido que Dios me quitara la vida, antes que cometerlo.

* Resumen del capítulo respectivo del libro de Arellano:—La traición del general Márquez fué una venganza premeditada.—Influjo de este general durante la Intervención francesa.—Importancia de su triunfo en Morelia.

Por este resumen se verá que no son generalidades las aseveraciones que hace Arellano.

Para darse cuenta mejor del capítulo, véase *Ultimas horas del Imperio*, de la pág. 6 á la 10.

** Resumen del capítulo del libro de Arellano: Primer error político de Maximiliano.—El Ministerio se ocupa en satisfacer venganzas.—Se encarga al general Márquez una misión en el exterior.